

todos los que ven en la monarquía universal el ideal de la humanidad. El Dante y Leibnitz hablan también de armonía y de concordia, como si la paz fuese el fin del género humano. No, el ideal es la libertad, la libre acción de los individuos y de las naciones. La paz no puede resultar más que del concurso voluntario de las nacionalidades; si es forzoso, no es ya un beneficio, es una esclavitud; no es ya un elemento de porvenir, sino un principio de decadencia.

### § V. — Napoleón y las nacionalidades.

#### I

En Santa Elena, Napoleón se proclama el campeón de las nacionalidades. "Uno de mis mayores pensamientos, dice (1), había sido la aglomeración, la concentración de los mismos pueblos geográficos, que han disuelto, dividido las revoluciones y la política. Así es que se cuentan en Europa, aunque esparcidos, muchos millones de Franceses, quince millones de Españoles, quince millones de Italianos, treinta millones de Alemanes. Hubiese querido hacer de cada uno de esos pueblos un solo y mismo cuerpo de nación. Con tal comitiva hubiera sido hermoso el presentarse á la posteridad y á la bendición de los siglos. Yo me sentía digno de esta gloria." Si, ese era el camino de la gloria, porque ese es el camino del porvenir. Si el emperador hubiese tenido realmente el proyecto de constituir las nacionalidades, hubiera sido el verdadero héroe civilizador de los tiempos modernos, porque la tendencia de nuestro siglo y de los siglos futuros es de reemplazar los Estados, frutos de la casualidad, de la fuerza, de la conquista, por las naciones cuyo principio está en Dios. Pero ¿es bien cierto que Napoleón haya tenido ese gran pensamiento?

Añade "que la aglomeración de los treinta ó cuarenta millones de Franceses era hecha y perfecta." La ambición de la Revolución era el dar á la Francia sus fronteras naturales, es decir, el constituir definitivamente la nacionalidad francesa. La obra se había realizado, cuando el general Bonaparte usurpó el poder. ¿Qué tenía que hacer para proteger esa magnífica herencia? Hacerla aceptar

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 122-126.

por la Europa, probándole que nunca Francia pasaría el Rhin, ni la Bélgica, ni la Saboya. Ahora bien, apenas elegido primer cónsul, Napoleón anexionó el Piamonte á la república, después decretó reunión sobre reunión: ¿fué para formar la nación francesa por lo que anexionó á su imperio la república de Génova, Parma, Toscana y Roma? ¿Fué á título de Galos por lo que los Holandeses y los Alemanes de las ciudades anseáticas fueron confundidos en un imperio que no tenía por límites más que la ambición ilimitada del emperador? Cuando se derrumbó ese gigantesco edificio, la Francia perdió los límites que había conquistado con su sangre más pura. ¿Y por culpa de quién? La Europa coaligada ofreció al emperador los límites del Rhin, y más allá á Praga; le ofreció también los límites naturales de la Francia en Francofort. ¿Por qué fracasaron las negociaciones? Porque Napoleón, poseído del demonio de la ambición, no quiso renunciar á la dominación del Occidente. Sacrificó la nacionalidad francesa á su egoísmo de conquistador. Nosotros, habitantes de las provincias anexionadas, debemos congratularnos por esas faltas, por esa locura: los Alemanes han sido devueltos á la patria alemana, los Belgas han conquistado su independencia, y con el apoyo de Dios, piensan conservarla.

Napoleón comprendía tan poco el advenimiento de las nacionalidades que se preparaba en la Europa moderna, que se vanagloriaba de la guerra criminal de España, como si su objeto, al engañar á los Españoles primeramente, y después al atacarlos en su suelo, hubiera sido el formar su nacionalidad. ¡Singular manera de fundar la nacionalidad de un gran pueblo la de despojarlo de su independencia, imponiéndole una monarquía que no quiere! Sin embargo, bajo el punto de vista providencial, es muy cierto que la asechanza de Bayona, seguida de la más injusta de las guerras, devolvió la vida á una nación que se creía ahogada por el régimen embrutecedor de la superstición unida al despotismo. Hé ahí un beneficio con el cual no se honrará á Napoleón. La nación española lo debe á su valor indomable y á Dios. Si Dios sabe sacar el bien del mal, eso no impide que el atentado de Bayona sea uno de los mayores crímenes de que se ha hecho culpable la política.

Napoleón pretende también que trabajó por la aglomeración de los Alemanes. Se engaña al decir

que las poblaciones de Alemania estaban preparadas á la *centralización*, como se expresa. Es cierto que durante las largas guerras de la Revolución no se descubre un átomo de patriotismo en los mil pequeños Estados que encerraba el imperio; lo que se encuentra á cada paso, según el testimonio de los historiadores alemanes ellos mismos, es la pequeñez de espíritu, es el egoísmo que no ve más que el interés del momento, es la carencia de toda vida pública (1). Cuando el primer cónsul hizo ocupar el Hannover, el sacro imperio existía aún, pero no quedaba ya ningún sentimiento de honor ni de dignidad: en Ratisbona no se vió más medio de proteger la integridad de la Alemania que un llamamiento á la Rusia. Cuando una audacia criminal violó el territorio de Baden para coger al duque de Enghien, ¿qué hizo la dieta para obtener una reparación de ese atentado? Nada. Nos equivocamos. Los príncipes alemanes y los más poderosos rivalizaron en abyección cuando el primer cónsul colocó en su cabeza la corona imperial. Les pareció que Napoleón no estaba mal en su compañía. Debe decirse que les hizo demasiado honor rebajándose hasta ellos.

Ni aun tiene el consuelo Alemania de decir que la nación valía más que los miserables príncipes que la gobernaban en provecho de sus miserables intereses. Digamos más: semejante régimen, continuado durante tantos siglos, debía destruir todo sentimiento nacional y toda dignidad humana. Así se comprende que Goethe compusiera dramas mientras Alemania estaba encadenada. Schiller mismo, ese ídolo de los Alemanes, tenía tan poca conciencia de su rebajamiento, que en su correspondencia con el padre del heroico Koerner, no dice una palabra de patria, ni de libertad, ni de los grandes acontecimientos que se realizaban en los campos de batalla: ¡no se habla en ella más que de poesía y de estética, de teatro y de actores! (2).

Una nación degradada hasta ese extremo no hubiera encontrado nunca en sí misma la fuerza de regenerarse; fué preciso casi un milagro: estaba muerta, debía renacer. Los príncipes de la confederación renana llamaban á Napoleón el salvador de la Alemania; decían la verdad, pero no como ellos

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 476, 496 y siguientes, 506.

(2) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 525-529.

la comprendían. No pensaban más que en su egoísmo de soberanos, y no dependió de ellos el que no se perpetuase en Europa la dominación francesa. Así lo dicen los historiadores alemanes; reconocen que, si el sentimiento de la patria se despertó, hay que agradecerse al exceso de opresión extranjera. Cuando los Alemanes se vieron explotados y despreciados por sus amos, cuando cada hombre sintió el peso de la tiranía hasta en su hogar doméstico, la insolencia de la soldadesca, la rapacidad del fisco, después ese impuesto de sangre que se llamaba la quinta y que era el primer paso hacia el matadero, cuando el despotismo imperial ofendió á cada familia, fué cuando el pueblo empezó á echar de menos la libertad perdida y á desear la unidad que da la fuerza. Del exceso del mal salió la insurrección de 1813; los Alemanes, en su bondad natural, se felicitan del mal mismo, diciendo que fué necesario para sacudir su letargo; pero no es á Napoleón á quien deben agradecimiento, á menos que la víctima no lo deba á su opresor (1).

#### II

Hasta aquí no hemos hablado más que de las naciones ya constituidas, aunque más ó menos imperfectamente. Hay otras más desgraciadas, las que han perdido su existencia nacional ó que no la han poseído nunca. Napoleón se vanagloria de haber adelantado mucho la formación de la nacionalidad italiana. Ya al recibir la diputación que le ofrecía la corona de Italia, el emperador dijo á Melzi, que había tenido siempre la intención de crear libre é independiente la nación italiana; añadió que aceptaba la corona, pero que la guardaría únicamente el tiempo que los intereses de Italia lo exigieran. En Santa Elena volvió á extenderse largamente sobre este asunto. Leemos en las Memorias de Montholon: "Napoleón quería volver á crear la patria italiana; reunir los Venecianos, los Milanese, los Piamonteses, los Genoveses, los Toscanos, los Parmesanos, los Modeneses, los Romanos, los Napolitanos, los Sicilianos, los Sardos en una sola nación independiente: ese era el trofeo inmortal que levantaba á su gloria. Pero había muchos obstáculos que vencer. Había dicho á la consulta de Lyon: *Necesito veinte años para restable-*

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 467, 524.

cer la nación italiana. Tres cosas se oponían á ese gran proyecto: las posesiones que tenían las naciones extranjeras, el espíritu de localidad y la residencia de los papas en Roma.

Napoleón es de la opinión de Maquiavelo; acusa á los papas de haber sido el gran obstáculo para la formación de la unidad italiana: demasiado débiles para reunir bajo su dominación á toda la Italia, tuvieron bastante poder para impedir la reunión de todos los Italianos bajo una misma autoridad. Gracias á las faltas de Pío VII y á las usurpaciones del emperador, el papado tuvo que abandonar la Ciudad Eterna. Sin la loca expedición de Rusia, los sucesores de San Pedro se hubieran resignado á ser papas franceses. En todo caso, ya no eran un obstáculo para la independencia de Italia. También Austria y España habían sido arrojadadas de la Península; estaba toda entera bajo la influencia del emperador. Quedaba el espíritu de localidad. Napoleón pretendió, en Santa Elena, que fué para destruirlo por lo que destruyó la república de Venecia y anexionó á Francia el patrimonio de San Pedro, la Toscana y la Cerdeña. "Como esos fundidores que, teniendo que transformar varias piezas de pequeño calibre en una sola de cuarenta y ocho, las echan primeramente en el alto horno para descomponerlas y fundirlas, lo mismo se habían reunido los pequeños Estados al Austria y á la Francia, para ser reducidos en elementos, perder sus recuerdos, sus pretensiones y estar preparados para el momento de la fundición. Los Venecianos, reunidos durante muchos años á la monarquía austriaca, habían sentido toda la amargura de ser sometidos á los Alemanes; cuando esos pueblos volvieron á entrar bajo la dominación italiana, no se preocuparon por si su ciudad sería la capital. La misma revolución se operó en el Piamonte, en Génova, en Roma, destruidas por el gran movimiento del imperio francés. Ya no había Venecianos, Piamonteses, Toscanos; todos los habitantes de la Península no eran más que Italianos; todo estaba dispuesto para crear la gran patria..."

¡Hé ahí cómo se disfraza la historia! No negamos que la dominación de Napoleón no haya preparado la independencia de la Italia; su sobrino ha realizado esa grande obra, la más bella del siglo XIX. Pero que el general Bonaparte haya destruido Venecia con la mira de destruir el espíritu de localidad; que el primer cónsul haya anexionado

los Piamonteses á la Francia para hacer de ellos Italianos; que el emperador haya pensado en constituir la patria italiana, cuando reunía Génova, Parma, Florencia, Roma á su inmenso imperio; que haya colocado á su familia en el trono de Nápoles con el desigüo de hacerla descender de él después, á fin de completar la unidad de Italia, hé aquí lo que el cautivo de Santa Elena no persuadirá á ningún hombre de buen sentido. ¡Singular medio de hacer Italianos el hacer de ellos primeramente Alemanes y Franceses! ¡Singular medio de preparar la unidad de Italia el de dislocarla! Si Napoleón hubiera tenido realmente la gran idea que desarrolló en sus conversaciones de Santa Elena, hubiera debido anexionar el Piamonte, Génova, Venecia, la Toscana, Parma, Roma y Nápoles á la corona de Italia. Esto hubiera alarmando menos á la Europa que la política conquistadora del emperador; tal vez hubiese respetado á la Italia libre é independiente, mientras que se aprovechó de los errores de Napoleón para privar á Génova de su existencia nacional, para reunir Venecia al Austria. La nación hubiera hecho ciertamente un esfuerzo para mantener su libertad, mientras que en 1814 rechazó la dominación francesa como el yugo del extranjero.

### III

La Polonia se hubiera tenido por dichosa si Napoleón hubiera hecho por ella lo que hizo por Italia. No dejó de decir en Santa Elena que si hubiera triunfado en su expedición de Rusia, hubiera erigido la Polonia en reino separado é independiente (1). Pero sus actos están en contradicción con sus palabras. En 1812, los Polacos pidieron al omnipotente emperador que restableciese la Polonia, y Mr. Thiers reconoce que Europa esperaba que esa desgraciada nación sería reconstituida; se llegaba hasta creer que ese era el fin de la expedición gigantesca, de la cual nadie podía darse razón por el curso natural de las cosas (2). La respuesta que el emperador dió á la diputación polaca fué un cruel desencanto: "Si yo hubiese reinado cuando el reparto de Polonia, hubiera armado

(1) O'MEARA, *El Eco de Santa Elena*, t. II, p. 269.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XLIII, tomo IV, p. 171.

á todo mi pueblo para sosteneros. Hé ahí una promesa que no era muy comprometedora. "Pero en mi posición, tengo muchos intereses que conciliar y muchos deberes que llenar... He garantizado al Austria la integridad de sus Estados... Amo á vuestra nación, he aplaudido todo lo que habéis hecho. Si vuestros esfuerzos son unánimes, podéis concebir la esperanza de obligar á vuestros enemigos á reconocer vuestros derechos..." (1).

¿Por qué puso Napoleón esa excesiva reserva en sus relaciones con los Polacos? Hubiera podido usar el mismo lenguaje con los Italianos. También en Italia había derechos que respetar; sin embargo, los pasó por alto, mientras que en Polonia vacilaba y temía el comprometerse. Mr. Villemain dice que la libertad polaca daba miedo al César francés (2). No lo creemos. Napoleón sabía hacer entrar en razón á la libertad; por otra parte, el temor que se le supone no le impidió crear una Polonia mutilada bajo el nombre de gran ducado de Varsovia. Un interés político lo contuvo. En 1807 hubiera podido restablecer la Polonia. Pero de este año data la fatal alianza con la Rusia que hizo imposible la nacionalidad polaca. Así es que leemos en una nota escrita en 1807 por el emperador: "No hablar de la independencia de la Polonia, y suprimir todo lo que tiende á representar al emperador como el *libertador*, atendido que nunca se ha explicado sobre este asunto" (3). Intimo aliado de Alejandro, Napoleón no podía ciertamente pensar en reconstituir la Polonia. Su amigo el czar fué hasta pedirle que se comprometiese en no consentir jamás en el restablecimiento de la Polonia, y hasta no pronunciar ese nombre en los actos oficiales. Por lo pronto, Napoleón se negó á firmar una promesa tan temeraria; pero terminó por acceder. Se lee en una nota diplomática dirigida en 1809 por el ministro de relaciones exteriores al conde de Romantzow: "No tan sólo no quiere el emperador hacer nacer la idea de renacimiento de la Polonia, tan lejos de su pensamiento, sino que está dispuesto á cooperar con el emperador Alejandro en todo lo que pueda borrar para siempre su recuerdo en el corazón de sus antiguos

habitantes. Su Majestad aprueba que los nombres de Polonia y de Polacos desaparezcan, no tan sólo de todas las transacciones políticas, sino hasta de la historia. Ella inducirá al rey de Sajonia á que se preste á todo lo que le parezca tender á ese fin. Todo lo que pueda servir para mantener en la sumisión á los habitantes de la Lituania, será aprobado por el emperador y ejecutado por el rey de Sajonia" (1).

¡Ese es el respeto que los dos amos del mundo tenían por la nacionalidad polaca! Por la misma época, temiendo Alejandro que, en caso de rompimiento de alianza, Napoleón realizase los votos de los Polacos, empezó las intrigas de que ya hemos hablado, odiosa comedia que debía terminar por la destrucción de la Polonia. También Napoleón representó la comedia. No tuvo nunca la voluntad formal de restablecer la nacionalidad polaca, porque no tenía y no podía tener más que un solo aliado, el czar, y en esta alianza, el nombre de la Polonia debía desaparecer de la historia, como lo decían los dos emperadores en 1809. Esto no impidió á Napoleón el que diese vagas esperanzas á los Polacos en 1807 y en 1812; pero su correspondencia íntima desmiente sus declaraciones oficiales. Había en su lenguaje tantas reservas, tantas restricciones y condiciones, que no podían los Polacos tener confianza en promesas tan inciertas. Por eso se formó un partido que cifró sus esperanzas en la generosidad de Alejandro. Los Polacos no hubieran debido contar ni en la Rusia ni en la Francia, sino en sí mismos. Este es el consejo que Napoleón les dió en 1806; vamos á transcribirlo como enseñanza para los pueblos. El emperador contestó á los diputados del palatinado de Posen: "Que la Francia no había reconocido nunca el reparto de la Polonia; que la ilustre nación polaca había prestado los mayores servicios á la Europa entera; que sus desgracias habían sido el resultado de sus divisiones intestinas; que no podía prometerles el restablecimiento de su independencia, pues que no debía depender más que de ellos; que, cuando una gran nación, cuando varios millones de hombres querían ser independientes, lo lograban siempre; que, como emperador de los Franceses, vería con un vivo interés el restablecimiento del trono de Polonia, que eso dependía más de

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. X, p. 144, 145.

(2) VILLEMMAIN, *Souvenirs contemporains*, parte primera, página 165 y sig.; 189 y siguientes.

(3) Nota del 18 de Mayo de 1807 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XV, p. 308).

(1) Nota de 20 de Octubre de 1809.

ellos que de él; que si los curas, los nobles y los habitantes querían hacer causa común, y tomaban la firme resolución de triunfar ó de morir, les presagiaba que triunfarian; pero que los discursos y los deseos estériles no bastaban; que lo que había sido derribado por medio de la fuerza no podía restablecerse más que por la fuerza,, (1).

Nada más cierto; pero también es cierto que los Polacos mostraron en 1807 un entusiasmo y una abnegación admirable. Napoleón mismo lo dice en su correspondencia; escribió á Cambaces: "Los Polacos manifiestan un gran ardor para recobrar su independencia. *Los nobles, el clero, los campesinos no forman más que uno*," (2). "*La Polonia entera toma las armas. Es difícil formarse una idea del movimiento nacional de ese país. ¡Los Polacos reclutan regimientos á la fuerza!*," (3). Los Polacos hacían, pues, lo que Napoleón les había pedido. Sin embargo, los sacrificó á su alianza con la Rusia. ¡Qué esa lección sirva á los pueblos que quieren reconquistar y mantener su independencia! ¡Qué no cuenten más que en sí mismos!

## IV

Hay una gloria que no puede negarse á Napoleón, la de qué fué el primero que proclamó el principio de nacionalidad. El emperador lo desconoció; no podía respetarlo, porque aspiraba al imperio del mundo, y la independencia de las naciones es incompatible con la monarquía universal. Mientras estuvo al frente del gran ejército, contó los pueblos como pudiera hacerlo con una materia inerte. Cuando esa materia resistía, trataba á los insurrectos de *canalla* (4). La *canalla* concluyó por vencer al invencible. En 1813, el emperador sucumbió bajo la insurrección de las nacionalidades. Napoleón comprendió. De ahí sus discursos en Santa Elena; no hay que tomarlos al pie de la letra, como expresión de lo que Napoleón quería, sino como el pesar de lo que hubiera debido querer. Mientras que los aliados hacían cálculos de estadística en Viena, y que no veían en los pueblos más que ca-

(1) Respuesta del emperador, del 19 de Noviembre de 1806 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XIII, p. 677).

(2) Carta del 29 de Noviembre de 1806 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XIII, p. 713).

(3) Carta del 1.º de Diciembre de 1806 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XIV, p. 2).

(4) Carta de Napoleón á José, del 16 de Enero de 1809 (*Correspondencia del rey José*, t. V, p. 357).

bezas de ganado y leguas cuadradas, Napoleón reconocía que la monarquía universal era una quimera y que el porvenir pertenecía á las naciones: se leen en el *Memorial de Santa Elena* estas notables palabras: "La aglomeración de los pueblos llegará más pronto ó más tarde, por la fuerza de las cosas, y no creo que después de mi caída y la desaparición de mi sistema haya en Europa otro equilibrio posible que la aglomeración y la confederación de los grandes pueblos," (1).

Es la oración fúnebre de la monarquía universal pronunciada por aquel que hubiera tenido más títulos á la dominación del mundo, si Dios permitía que perteneciese á un hombre. Su caída, como él lo dice, es la condenación de su sistema. Lo que Napoleón no pudo hacer nadie lo hará, y si no lo hizo fué porque la cosa es imposible. Las naciones son de Dios, y no hay poder humano que pueda destruirlas. A veces desaparecen de la escena del mundo y se las creería muertas; pero llega el día de la resurrección, y los muertos salen de sus tumbas. Este movimiento es lo que constituye la grandeza del siglo XIX.

Napoleón ha desconocido la tendencia de la humanidad mientras ha tenido el poder en sus manos. Es la causa de su caída, y en este sentido diremos que no fué el grande hombre, el Mesías que se quería hacer de él; es uno de esos profetas del pasado que intentan volver al género humano por caminos que ha abandonado. Pero no hay que llevar la severidad hasta la injusticia. Si Napoleón ha sido un hombre de guerra, también ha sido un conquistador civilizador. No olvidó nunca, ni aun en sus más criminales empresas, que era el hijo de la Revolución. Cuando Napoleón hizo su entrada en Madrid, se presentó á España, no como un amo, sino como un libertador: "He abolido, dijo en su proclama, ese tribunal de la inquisición contra el cual reclamaban el siglo y la Europa. Los curas deben guiar las conciencias, pero no deben ejercer ninguna jurisdicción exterior y corporal en los ciudadanos. He suprimido los derechos feudales; todos podrán establecer hosterías, hornos, molinos, pesquerías, y dar un libre vuelo á su industria. El egoísmo, la riqueza y la prosperidad de un pequeño número de hombres perjudicaban más á vuestra agricultura que los calores de la canícula..."

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*.

Así como no hay más que un Dios, no debe haber en un Estado más que una justicia. Todas las justicias particulares habían sido usurpadas y eran contrarias á los derechos de la nación; yo las he destruido... La generación presente podrá variar en su opinión; se han puesto en juego demasiadas pasiones; pero vuestros nietos me bendecirán como á vuestro regenerador,, (1).

Lo que Napoleón dice á los Españoles, la historia lo dice de la Europa entera. ¿Debemos, pues,

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. XVII, p. 236.—Compárese la carta de Napoleón, del 27 de Marzo de 1809, á José: «Empeñada Francia en España en una guerra tan cruel, debe esperar al menos la ventaja de regenerar ese país y darle ideas más liberales (*Memorias y correspondencia de José*, t. VI, p. 90).

asociarnos á los que saludan al César francés como á un salvador? Su sobrino y su heredero le ha llamado el *ejecutor testamentario de la Revolución francesa*. No merece ese título en todos conceptos; y aun tomándolo al pie de la letra, implica un rango inferior. La Revolución fué la que tomó la iniciativa, la que lanzó al mundo en nuevos caminos, la que empezó la era de la libertad y de la igualdad. El emperador es la fuerza puesta al servicio de los principios del 89, fuerza á veces ciega é infiel á su misión. No se debe glorificar á la fuerza, es al pensamiento. El pensamiento libre gobernando al mundo, tal será el fruto de la Revolución. Se debe á la filosofía y no al genio guerrero.

FIN DEL IMPERIO